

sobre el pueblo, serenamente, anunciando un buen día de verano. Sonaban los cencerros de las ovejas que salían de sus majadas nocturnas, para comenzar su ascensión a los montes de pastos aún frescos y verdes. Y los mastines, tranquilos y confiados, caminaban junto a sus rebaños, atentos a la voz segura de su pastor.

Mientras, en la casa de los Gago, Carmen permanece tumbada en la cama de su dormitorio, situado sobre el establo de la casa, junto a otras dos mujeres: su madre Esperanza y la matrona del pueblo, Joaquina, que le asisten en el parto. Carmen tiene que sostener en una mano el candil que alumbra la escena, porque las otras dos mujeres están pendientes de contener la hemorragia, con paños y agua limpia. Pero en el instante en que el niño está naciendo, el candil que alumbra el acontecimiento se apaga.

— Ya está aquí, ya está aquí. Es un mozo, es un mozo - dice con entusiasmo la partera, cogiendo cuidadosamente al recién nacido, que rompe a llorar con fuerza.

Carmen Gago acaba de dar a luz. La luz ciega del candil ya no hacía falta. Los balidos de las ovejas y sus corderos que subían a buscar praderas frescas hasta lo alto de los montes, se confundían con el primer llanto de un niño que acababa de nacer. Su madre lo cogió entre sus brazos, y miró con ternura a aquella criaturita pequeña y desvalida, que ya no lloraba, envuelto en un blanco paño. El cielo de la mañana de verano parecía alegre y contento. Una pequeña nube blanca se deslizaba por el aire en silencio y despacio. En el cielo de Robledo permaneció buena parte del día. Aquella nube blanca, testigo de su origen, de su nacimiento y de su luz, volvería a aparecer con distintas formas y volúmenes en el curso y en el firmamento de su vida, como una misma melodía de fondo que nunca se repite.

Era el primer niño de aquella casa silenciosa, íntima y sagrada. Carmen Gago quería ponerle de nombre Salvador, como el patrono de Robledo, San Salvador. Pero Joaquín se impuso y

dijo que su primer hijo tendría que llamarse Santiago, como su padre. Y así fue como aquel niño tomó el nombre de Santiago, cuando pocos días después fuera bautizado en la antigua iglesia de Robledo, que había junto al cementerio. Hoy se conserva la pila bautismal de piedra en la que fue bautizado. Es la misma pila sacramental que hay en la nueva iglesia del pueblo, en la pequeña capilla que está junto a la puerta de entrada.

Aquel niño se convirtió en el centro de atención de toda la casa: sus padres y sus abuelos. Su abuelo, José, estaba encantado de que hubiera sido un varón. Y pocos días después de nacer, testigo de su evolución, dijo con orgulloso entusiasmo:

— A este niño ya le apuntan las habilidades.

El abuelo José Gago, El Cubano, estaba muy orgulloso de él, y repetía con satisfacción:

— Con lo listo que es el *rapacín*, llegará a ser abogado.

Para él no había otro niño mejor que su nieto, y presumía de él ante todos los vecinos del pueblo. En una ocasión se paró a hablar con otro vecino, que también tenía un nieto de la misma edad. Y ambos empezaron a hablar de las tempranas habilidades de sus propios nietos. Pero el abuelo, José Gago, zanjó la disputada comparación:

— El mío es el que más vale. Al tuyo, cógelo y échalo *pa* las zarzas.

Era el primer nieto de José y Esperanza, y la alegría y la vida que el niño había traído a aquella casa no se podían disimular. Así lo recuerda su vecina Isabel, que aún vive, y era, entonces, una niña:

— Era un niño muy guapo y muy blanquín, que era la ilusión de los abuelos de Robledo.

Pero al poco tiempo de nacer Santiago, comienzan las revueltas de los mineros asturianos, que llegan hasta Robledo. El niño ya no estaba seguro allí, y su padre convencerá a su esposa y a sus suegros de que el niño estaría más seguro en la Ribera, en la casa de sus padres, Isabel y Santiago Marino. Y así, cuando Santiago aún no había cumplido los dos años, su tío Juan, el falangista, subió a la montaña a buscar al niño en una bicicleta.

Así fue como Santiago bajó a Gavilanes de Órbigo, cuando contaba con tan corta edad, en el sillín de la bicicleta del tío Juan, por unos difíciles y escarpados caminos de piedra. Aquel viaje, que en la actualidad se hace en menos de una hora, en aquella época, en bicicleta, duró casi un día. Pero es el destino quien manda y quien obliga, la Providencia, quien propone y quien dispone.

Alejado de su madre, desde el año y medio de vida, siempre ha sentido nostalgia del amor materno, del cariño y la ternura de su madre ausente. Tal vez la insistente querencia del origen, tan lejos y tan distante -pero por siempre tan añorada-, haya provocado en él la sed incesante del retorno a lo originario, de *retroprogreso al origen*. Y es que, toda la Esthétique Originaria tiene mucho de ausencia y de nostalgia. De *presencia en la ausencia*, evocadora del sueño y de la esencia de la realidad.

Su primer biógrafo, Fernando Labajos, lo subraya con esta reflexión lírica:

Se podría decir que hay mucho de ausencia y distancia, de “complementariedad”, en la niñez del pequeño “Bubillo”, que facilita una condición natural para la ensoñación: sus padres alejados, sus tíos muertos en la guerra, los lugares soñados, la fantasía artística y aventurera de Tarruco, su “mítico” abuelo materno “desaparecido” en Cuba, la íntima disposición a lo sagrado, y, además un pasado épico y ancestral, cargado de relámpagos luminosos, cuentos, fábulas, milagros... que alimentaron su connatural fantasía. Todas esas leyendas, toda esa

*religiosidad, nutrieron la intrínseca e incesante transpiración de lo invisible.*³⁸

El matrimonio entre la ausencia y la distancia

Sus padres, Carmen Gago y Joaquín Pérez, tan aferrados ambos a la tierra natal, hijos de lo cósmico y lo telúrico, los dos con ese sentido hondo y sagrado de pertenencia al origen y a la tierra, se convertirán en protagonistas de una verdadera historia mítica, de auténtica tragedia griega, que determinaría la infancia y el destino de Santiago.

Nada más casarse, el matrimonio se estableció en Robledo, en la casa de los padres de Carmen Gago. Joaquín se hizo cargo de las propiedades y del ganado de su esposa, y de las propias ovejas que le había regalado su padre, Santiago Marino. Pero a los pocos años, Joaquín se dio cuenta de que no podía adaptarse a la complicada y difícil vida de la montaña. Con tan mala suerte, que aquellas ovejas, que le regaló su padre, murieron todas, debido a alguna enfermedad desconocida.

En sus desencantos cayó en la cuenta de que su ámbito y su vida no estaban en la montaña, y decidió volver a Gavilanes, junto con su mujer. Pero Carmen se resistía a abandonar su montaña, su origen. Aunque lo intentó durante algunos años, cuando el matrimonio, junto con su segunda hija, Esperanza, y el abuelo José Gago, padre de Carmen, bajaron a la Ribera, donde Joaquín entraría a trabajar en casa de Los Gayoso, en Palazuelo de Órbigo. Allí les nació su hija Isabel. Pero ocurrió aquel acontecimiento dramático, injusto y doloroso para la familia, que ya conocemos: cuando Joaquín fue acusado injustamente de robar un dinero a los dueños de la casa. Por lo que lo detuvieron y pasó un día en la cárcel de León.

Después de aquel suceso, el matrimonio volvió a Robledo junto a sus dos hijas, aunque su primogénito, Santiago,

³⁸ LABAJOS BRIONES, F.: *Los Marino*, vol. I, p. 100.

vender alguna propiedad

casado, cuando se le murieron todas las ovejas que su padre le regaló. En su casa de la Ribera lo tradicional era la agricultura y el regadío, así que pensó que debía dedicarse entregadamente en alma y cuerpo a lo que de verdad entendía, que era su oficio de labrador. Y decidió aplicar las técnicas que se utilizaban en la Ribera del Órbigo, como el regadío.

Y así, soñando en convertir la montaña en Ribera, construyó una noria para poder regar, como se hacía en la Gavilanes. Y consiguió poner regadío en toda la huerta. Una huerta de casi una hectárea, en la que cultivaría hortalizas y legumbres para todo el año. Primero era necesario construir un pozo. Pensó que en aquel prado tenía que haber agua, pues se llamaba el Prao la Fuente. Y, con pico y pala excavó siete metros la piedra de pizarra. Su hija Isabel, que entonces era una niña, le ayudó a sacar las piedras de pizarra y la tierra que iba extrayendo, con la ayuda de una cabria o cabestrante.

Para el día en que su hijo Santiago cantó misa, Joaquín mandó construir una casa con el dinero que le dejaron los vecinos del pueblo, a fondo perdido, para celebrar con su familia, sus vecinos y amistades aquel día tan señalado. Una casa en la huerta de Robledo, anexa a la que también había construido el abuelo de Carmen Gago. El matrimonio viviría definitivamente en aquella casa conyugal. Carmen falleció en el 87 y Joaquín dos años más tarde.

Pero será la familia paterna, Los Marino, los que marcarán la vida de nuestro autor, de una manera determinante. Porque toda la infancia de Santiago, hasta los trece años, transcurre en Gavilanes, con los abuelos y los tíos, en quienes encontraría el modelo y el camino de comportamiento en la vida, su ética y su estética, que, con el tiempo, pasaría a plasmarse en su obra, en su filosofía: la Esthética Originaria.

En la Casa de Los Marino

La casa labradora del abuelo Marino estaba situada cerca del molino Cuca, próxima a la finca La Castellana, o del prao Las Huergas. Allí pasó su infancia, en Gavilanes. Un pueblo agricultor de la Ribera, situado en la margen derecha del río Órbigo, pedanía del Ayuntamiento de Turcia, y a dos kilómetros de Benavides, rayando con Palazuelo. En su fértil tierra, regada por el caudaloso río, se cultiva remolacha, maíz, lino, patata, cereal y forraje para el ganado, así como distintos productos hortofrutícolas. Hay que sumar, en la actualidad, amplias plantaciones de lúpulo para la elaboración de la cerveza.

La casa de los Marino era la casa donde el Bubilillo se crió. Fue construida por su abuelo Santiago a las afueras del pueblo. Tenía “pozo y corral”. “Casa con pozo y corral, paraíso terrenal”, dice el Refranero. La casa estaba construida en forma de siete, a pesar de que la abuela Isabel había preferido una casa de “hueco doble”, que tuviera dos apartados, para albergar también a los animales. La casa del abuelo era, para el pequeño Santiago, su regazo y su hogar. El lugar sagrado y silencioso que invitaba a la serenidad y a la contemplación:

Yo recuerdo la anchura y soledad de la casa en las tardes de primavera y verano, cuando yo quedaba solo en la casa³⁹. Aquellas sabias calmas de espacio y tiempo⁴⁰.

Desde muy niño, el Bubilillo se crió sin padres. Con su madre en Robledo, y su padre, quien durante algún tiempo vivió en la casa del abuelo, pero ausente, pues, a menudo, viajaba a la montaña. Sin embargo estas ausencias no le impidieron tener una infancia feliz en la casa de sus abuelos paternos, junto a sus tíos.

³⁹ Los Marino // 564.

⁴⁰ Los Marino //320.

Cuando llegó el tío Juan con el niño en el sillín de su bicicleta desde las montañas, sus tías menores vieron en aquel niño, que era casi un bebé, un juguete, un muñeco. Les gustaba atenderlo, cuidarlo y mimarlo, y jugaban con él. Era el centro de atención de aquella casa. Allí se criaría, desde el cultivo de la tierra y la tradición de la familia. La tradición que nos traspasa.

En aquel hogar de labradores, el pequeño Santiago aprendió a trabajar en el campo, y a esperar los frutos desde la sementera. Aprendió a soñar el mundo y a verlo todo desde el corazón, desde un ambiente de música, de copla y de oración:

*En casa del abuelo cuajaron las canciones. Allí se ensayaban las rondas. También cuajaron las lecturas: se leía en público el “Quo Vadis” y “Fabiola”. Se lloró cuando en una “hoja parroquial” se leyó la historia de una espiga que llegó a ser Cuerpo del Señor... Era una familia extraordinaria, dotada y abierta a los valores altos del arte, de la religión, de la épica.*⁴¹

Santiago era un niño muy inquieto y travieso, por lo que su abuelo muy pronto lo bautizaría con el nombre de *Vivillo*: el sobrenombre de un bandolero de Sierra Morena que, por entonces, era famoso en toda España, por sus aventuras, hazañas y leyendas épicas. Y de *Vivillo*, en el pueblo pasaron a llamarlo *Bubillo*. Pero a veces, su abuelo, lo llamaba *Chispineo*, por lo achispado que debía de ser el chaval, por la chispa que debía de tener.

Lo cierto es que recién cumplidos los tres años, cuando aún hablaba en lengua de trapo, llegó a casa contando entusiasmado una escena con perros y caballos, que había presenciado en un prado que hay junto a la Casa de los Marino:

— ¡Bayos rían mucho, pao Mas. Patulo, Tichú. Fime Ebo. Chis, chas!

Algo que traducido significa: “los caballos corrían mucho, en el prado del tío Tomás. Firme Ebro. Chis, chas”. Ebro era el

⁴¹Los Marino //257.

perro que había entonces en la casa, un mastín leonés. Su tío Jesús, muchas veces evocaba al sobrino contando y repitiendo aquello con entusiasmo.

— Y cuando decía *chis, chas*, el niño hacía sonar las palmas como loco -recordaba.

Tal vez fueran sus primeros versos. El primer verso de su primera copla infantil, cuando aún no sabía hablar. El deseo de revivir lo vivido con pasión, revelado desde la furia y la firmeza del campo.

Los abuelos y los tíos ofrecían al pequeño Bubilillo todos los cuidados a su alcance. Al llegar la hora de la siesta, lo acostaban en un escaño o banco de madera que había en la salona. Lo arropaban con una manta, y siempre colocaban un taburete junto al escaño, como protección, para impedir que el niño cayera al suelo. Y el niño se sentía seguro:

— Ponme *pete* que no *caya* -decía, nada más que lo acostaban acurrucado en el banco, es decir: “Ponme el taburete para que no me caiga”.

Y así, se quedaba dormido, serenamente, sabiéndose protegido y mimado en aquel ambiente de cariño, de ternura y austeridad.

Mineros y montañeses en la fantasía infantil

En los primeros años de su infancia en Gavilanes, aquel niño se iba abriendo a nuevas experiencias y a la curiosidad por lo desconocido. Los mineros y los montañeses suscitaban en él una curiosidad infantil que despertaba su tierna imaginación, avivada por la percepción que tenían los mayores del pueblo y de la casa del abuelo, de aquellas gentes venidas de lejos.

Para los hombres y mujeres de la Ribera, los mineros no provocaban mucha simpatía. Estaban muy alejados de la filosofía y de la cultura de la tierra, de la ética y la estética agrícola. Eran hombres artificiales, no de frutos, sino de productos. Con sus rostros ennegrecidos parecían señalar un alma negra, símbolo de las sombras espesas de una existencia maldita. Se les consideraba poco religiosos. Su tía Florentina cantaba una copla de mineros, en la que se vislumbra toda esta desafección:

*Los mineros en la mina
se acuerdan del Dios divino;
pero cuando salen de ella,
de las mozas y buen vino.*

El minero era imagen de frivolidad, de desorden, desenfreno y de violencia. Por el año 34, como ya hemos apuntado, los mineros asturianos comenzaron las violentas revueltas, por lo que el Bubilto, con menos de dos años, tuvo que abandonar su pueblo natal de Robledo para emprender su infancia en Gavilanes.

Para los hombres de campo era una deshonra trabajar en la mina. Al mismo Joaquín, se le pasó por la cabeza ir a trabajar a la mina, después de la experiencia nefasta de pastor en la montaña, cuando se le murieron todas las ovejas que su padre le regaló. Pero un amigo le dio un consejo que le disuadió de sus intenciones de ir a la mina, producto de su desesperación:

— No se te ocurra, Joaquín. Eso lo último.

Se podrá cantar y hacer poesía de la vida del minero para salvar su alma y su ser de tan negra existencia. Pero entre los hombres de campo, los mineros nunca provocaron mucha estima. Un día, el pequeño Bubilto vio por primera vez un minero en Gavilanes, y fue corriendo a contárselo a su abuelo:

— Abuelo, uno minero, uno minero.

— Mi sensibilidad desbordada se manifestó desde un principio. La hipersensibilidad ha sido característica mía de siempre. Sí, desde pequeño fui muy sensible y bastante diferente a todos. Lo mismo que hasta ahora⁴².

Su extraordinaria y temprana sensibilidad le ayudará a ir descubriendo la fascinación que envuelve la vida y lo vivido, sintiéndose admirado y transportado por la fantasía y por el sueño insomne de la realidad.

La Campaza: sueño de monte y cereal

Normalmente, en La Campaza, que es la parte más alta de Gavilanes, es, como antaño, donde se siembra el centeno. Constituye una inmensa estepa de robles y alguna encina, donde hay abundantes alondras, muchísimas, “que cantan verticalmente”. Junto a La Campaza se encuentra Campillos, que es el lugar donde estaba situada la Casa del Monte, mandada construir por un señor rico que vino de fuera de León, para que su hija enferma de tuberculosis pudiera pasar allí los veranos, respirando aire puro.

Cuando el Bubilillo subió por vez primera a la Casa del Monte con motivo de su Primera Comunión, a los seis años, junto al párroco de Gavilanes y los demás niños que comulgaron con él, se quedó fascinado por el paisaje y la geografía. Y sintió, íntima y secretamente en su corazón, que en aquel monte de La Campaza ya había estado antes. ¡Antes! ¡Antes! Tal vez desde antes de nacer.

En el cielo azul de aquella tarde sacramental y luminosa, sólo una pequeña nube blanca se atrevió a cruzar el firmamento, sin ser notada. Mientras, los niños, contentos, corrían alrededor de la Casa del Monte, sabiendo que era su día de fiesta grande,

⁴² Los Marino // 99, 326, 430.

era el mozo que mejor cantaba de toda la Ribera. No hay que olvidar que, en aquella época, los labradores trabajaban la tierra cantando: en la arada y la sementera, en la cosecha y en la trilla. “Ara y canta, labrador”, como anunciaba con alegría el verso de Gabriel y Galán.

Una de las principales coplas y más recurrentes, que se ensayaban en la casa del abuelo, para luego cantarlas por las calles de Gavilanes, era la que llegaron a llamar la “Ronda de Los Marino”, que dice así:

*Y esta es la tonada nueva,
que ha venido de Logroño.
Entre grillos y cadenas,
la van cantando los mozos.
La van cantando los mozos,
y con ellos los chavales.
La van cantando los mozos
el sábado por la tarde.
El sábado por la tarde
y el domingo por el día.
Y el lunes por la mañana,
vengo a verte prenda mía.
Vengo a verte prenda mía,
¿cuándo te volveré a ver?
Cuando las hojas del árbol
vuelvan a reverdecer.*

Con los chavales de su edad, el Bubillo salía de ronda junto a los mozos de Gavilanes. Uno de aquellos chavales era su amigo Julián, quien permaneció como labrador toda su vida en el pueblo, hasta el momento de su muerte. Aquel grupo numeroso de mozos y chavales salía a cantar las tonadas por las calles del pueblo. Iban cantando alegres. Sintiéndose, los chavales, casi mozos, en aquel coro popular, que amenizaba de luz jovial y de contento a la caída de las tardes de vendimia o Navidad, como un regalo de vida, y de música que devolvía la esperanza y el palpitar

seguro de la ausente primavera. Mientras, las mujeres y las madres en sus cocinas de leña preparaban con cariño la cena humilde, sabrosa y reposada, escuchando, a lo lejos, las rondas y las tonadas de los mozos y los chavales.

—¡Viva quien canta! -les decía alguna mujer cuando pasaban junto a su puerta.

Porque el que canta vive, aunque, a veces, deje sus lágrimas difuminadas en cada nota, en cada palabra que sólo espera la vida. Canta, canta... como los pájaros que cantan al atardecer, como si sólo fuera la última canción, cuando el cielo anuncia el atardecer, antes del primer vuelo amanecido.

—¡Viva quien canta!

Todo aquel ambiente de calor íntimo y de música entrañada, en unas coplas que volvían cada año con sus mismas letras, enseñaron al Bubilto que la tradición no es el tiempo que pasamos, sino, más bien, es el tiempo y el ambiente que nos traspasa.

Pero Santiago, de niño, también disfrutaba a fondo con los juegos infantiles de su época, junto a sus amigos del pueblo. Y llegó a sentir su infancia como un niño que sueña y que juega.

Juegos infantiles y costumbres labradoras

El Bubilto jugaba con su pandilla de amigos, como David Cartero, Julián, Fernando *Chuche*, Manolo *Bicho*, Teodoro *Romo*, hijo de Miguel Moreno, el molinero, y Zancayo Palomo. A éste le habían sacado, entre todos, una copla rimada, que a veces le decían:

— *Zancayo Palomo,
Cirilo,
lleno de hilo,
Juan el toro.*

Otras veces, entre ellos se decían:

— Ojo y pestaña, que la vista engaña, -siempre en tono de advertencia; porque la vista es apariencia.

En ese “ojo” de aquel dicho de su infancia se encuentra el “ojo estético”: “*el ojo en superlativo, que mira, admira y se ve*”. *Ese ojo que está por encima de las apariencias*⁵⁸. En esta expresión se podría resumir toda la Estética Originaria.

Y cuando el cielo se cubría de nubes espesas de lluvia o de tormenta, que limitaban sus juegos abiertos al campo, los chavales invitaban al sol escondido a que acudiera con su luz a la cita infantil de esperanza y alegría, cuando cantaban a coro la canción:

— *Sal, solico, sal.
Que yo te daré un real,
para hoy, para mañana
y para toda la semana.*

⁵⁸ Órphicos, 13 // 274.

Juegos de mesa de la época

En la casa del abuelo se jugaba en familia a las cartas y a la lotería. Al Bubilillo le entusiasmaban los juegos de mesa. Tanta era la pasión y la intensidad que ponía en aquellos juegos, que sus abuelos se los llegaron a prohibir durante una temporada. A las cartas jugaban a la brisca.

También, por aquella época, los niños de algunas zonas rurales de Salamanca jugaban a la brisca en familia. La costumbre salmantina que ya ha desaparecido, es que, al que perdía, se le daban los *churrines*, una especie de penitencia o leve castigo que tenía que padecer el perdedor, quien ponía su mano sobre la mesa. Un de los jugadores tomaba la baraja española en las manos, e iba descubriendo las cartas una a una. Cada carta tenía una copla. Cuando salía, por ejemplo, la sota, todos los demás jugadores cantaban pegando cachetes, rítmicamente, sobre la mano tendida del perdedor:

— Sota *maragota*, no cagues en mi puerta, que está mi madre mala y no gana *pa* escobas.

Y lo mismo cuando salía el caballo:

— Caballo, caballero, cuenta las estrellas que hay en el cielo.

O cuando salía un rey:

— Rey, reinando, por las montañas, tirando pedos por una caña, la caña se rompió y el rey se mató.

Cuando aparecía un cinco era “un pellizco”, que todos daban en la mano del perdedor. Y un tres:

— Tres, *trrerrestrestrés*, a la puerta llaman, sal a ver quién, el hijo el zapatero que te viene a ver con las tenazas y el tirapiés.

Y un seis, todos decían:

— Seis, amenazar y no deis -y, con el brazo en alto, todos amenazaban sin acabar de darle en la mano.

Pero cuando de la baraja aparecía un as, el perdedor se salvaba y se libraba de los siguientes *churrines* que le quedaban por salir. Ésta era la costumbre practicada en muchas zonas rurales de Salamanca, cuando se jugaba a la brisca, que hemos querido recogerla aquí porque ya se empieza a borrar de la memoria de la gente de entonces. Mientras, en Gavilanes, por aquella época, también jugaba a las cartas, en familia, y a otros juegos de mesa. Como la lotería. Y el Bubillo disfrutaba con la magia de aquellos juegos de azar, de naipes y de números.

Juegos de campo

Pero lo cierto es que al Bubillo siempre le atrajo más el campo que las fiestas o los juegos de mesa. Sentía más pasión y verdad en la fiesta cósmica y gratuita que le ofrecía la naturaleza. Así nos recuerda uno de aquellos juegos infantiles de correr la niebla por las eras, que más tarde entenderá como un símbolo del juego de la vida:

Cuando “corríamos la niebla” en Gavilanes, por las eras, nos admirábamos de que nuestra respiración fuera humo, y así pasábamos largos ratos. No es otra cosa la vida que este espectáculo elemental y jadeante, esta experiencia de “correr la niebla”, pensando que la ahuyentamos, cuando lo único que hacemos es ir cambiando. Mudando de lugares donde vamos

También había que subir a los árboles, chopos, cuando se trataba de nidos de pega (urraca). Era toda una experiencia cósmica, que unía la destreza, el valor y la emoción para subir a los árboles de rama en rama, mirando siempre hacia arriba, comprobando la resistencia de la próxima rama donde apoyar el pie, y la emoción que se sentía cuando soplaba el viento con fuerza y doblegaba las ramas.

Tarruco le había revelado un secreto infalible para encontrar nidos:

— Cuando veas una pájara con cebo en el pico, síguela hasta el final, y allí encontrarás el nido.

Por el canto de los pájaros, el Bubilillo sabía diferenciarlos. La oropéndola cantaba en las choperas. Entre los chavales había un dicho que imitaba, onomatopéyicamente, el canto de la oropéndola:

— *Sidoro, ¿viste a Basilio?*
Vivilo, vilo.
¿Qué estaba haciendo?
Rascando las pulgas detrás de un negrillo.

Y también recitaban la copla popular de las golondrinas:

— *Mariquita, ¿que faciste?*
Que la casa no barriste.
Fui al mar, volví del mar.
Puse tela en el telar,
la cazuela sin lavar,
las cucharas sin fregar.
Corrachis, chis, chas.

El Bubilillo se sabía muchos nidos nuevos, que traía cada primavera. Sabía que si tenían huevos no se podían tocar, porque la pájara luego los aborrecía y los abandonaba. Había que calcular

Gavilanes, iba buscando la caña-vid, apropiada para su pluma soñada: una pluma tan cerrada, que no le manchara los dedos de tinta.

Al Bubilto le hacía mucha gracia cuando en la escuela, al estudiar geografía española, aprendiendo y memorizando los cabos de la Península, los niños coreaban al unísono:

— *Gata en Almería;
Palos en Murcia;
San Martín y La Nao en Alicante;
Creus en Gerona.*

Aquella frase o cancioncilla coreada por todos los chavales hablaba de una gata y de unos palos. Y, al principio, le llegó a parecer algo incongruente. No acababa de entender la frase, con el sentido que podía darle un niño de campo:

— ¿Cómo estando la gata en Almería, le dan palos en Murcia? -se preguntaba interiormente.

El Bubilto lo fue entendiendo sin preguntar. En la escuela memorizaba muchos conocimientos, y aprendía geografía, cálculo y caligrafía.

El campo como universidad

Pero su verdadera escuela sería el campo: su auténtica universidad. Porque allí, entre montes y riberas, en un ambiente de labranza, comenzó su vocación contemplativa, de silencio y soledad:

Además de la Campaza -ese mandala primero-, fue “el pra’o de la Juncalina” mi universidad primera. Allí empecé a cavilar, en la ausente soledad del pastor-niño de toros, vacas y bueyes de casa de los Marino. Allí apegué mi cabeza a un poste

Pero el Bubilillo no tenía edad para poder tener una navaja, y su familia no le compraba una. Un día, obsesionado por tener su navaja soñada, empezó a buscarla por el campo, de parte a parte. Estaba convencido de que tarde o temprano encontraría una navaja, si no cejaba en su empeño. Obsesionado por los campos, buscando aquel tesoro soñado.

— Tengo que encontrarla -se decía interiormente a cada paso.

Estaba seguro, y la encontró. La encontró, precisamente en el prao La Juncalina. Era una navaja con la hoja de acero oxidada. Con las dos cachas de madera reseca y color gris. Contento y satisfecho con el hallazgo de su primera navaja, la afiló cuidadosamente en una piedra hasta que logró que desapareciera todo el óxido de su hoja. Y la llevaba en su bolsillo, secretamente, como un tesoro escondido, íntimo, personal y soñado. Durante mucho tiempo después, ya de fraile, en su estancia en el convento de Las Caldas o en el de La Peña de Francia de Salamanca, seguiría llevando una navaja, símbolo del campo y de la cultura, como un emblema de su origen labrador.

Los viajes a la montaña

En algunas ocasiones el Bubilillo acompañaba a su padre en los viajes que hacía a la montaña, hasta Robledo. Joaquín quería que el chaval conociera y tratara más a su madre, con la que, apenas, tenía relación. Debían levantarse muy temprano, antes del amanecer, casi al alba, para iniciar el largo camino. Los dos subían a la montaña en el carro La Pacha, tirado por el caballo

